

## INVESTIGACIONES BIBLIOGRAFICAS EN INSTITUTOS UNIVERSITARIOS

Aunque todos vemos a nuestro alrededor diversos centros científicos que trabajan en las materias de su respectiva especialidad, no todos los casos podrían servir de ejemplo para las consideraciones que aquí se hacen.

Por exigencias de la limitación misma de mi tema, se requiere que sean no sólo institutos, sino que puedan llamarse universitarios, y esto no por su dependencia administrativa, sino por la calidad y el nivel de su espíritu, de su organización y de su labor (1).

Además, que en su actividad concreta den especial preferencia a la búsqueda bibliográfica, condición que no es muy

---

(1) Sobre diversos aspectos de este asunto, es provechoso y grato consultar la serie de excelentes artículos publicados por la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*; los autores enfocan el problema según sus respectivas especialidades, todas muy lejanas de las que me son familiares, pero por eso mismo es aleccionador comprobar la total coincidencia respecto del fondo de la cuestión:

—BABINI, JOSÉ. *La investigación científica en la Argentina*. (En *EUBA*, a. II, n° 1 : 7-21, 3ª época, enero-marzo 1944).

—DUBELLI, AUGUSTO J. *Sobre la investigación técnico-científica*. (En *EUBA*, a. II, n° 3 : 33-55, 3ª época, jul.-set. 1944).

—HOUSSAY, BERNARDO A. *La Universidad y la investigación científica*. (En *EUBA*, a. I, n° 1 : 11-25, 3ª época, jul.-set. 1943).

—IGNARDI, TEÓFILO. *La investigación científica, la Universidad y la industria en nuestro país*. (En *EUBA*, a. I, n° 2 : 213-236, 3ª época, oct.-dic. 1943).

—MURATTI, NATALIO. *La organización de la enseñanza universitaria argentina*. (En *EUBA*, a. I, n° 2 : 239-244, 3ª época, oct.-dic. 1943).

general, ya porque según su índole unas investigaciones requieren más copiosa información que otras; ya porque para ciertas especialidades el problema se aminora, gracias a la contribución de poderosas organizaciones editoriales que ofrecen día por día el trabajo de compilación, resumen y análisis casi totalmente realizado; ya, en fin, porque sus directores no han puesto en el asunto todo el énfasis y consagración que fuera menester.

Para que el caso ideal pueda lograrse cumplidamente, se requieren, en términos generales, algunas condiciones de diversa índole.

Por de pronto, que haya exacta comprensión del papel que la práctica bibliográfica tiene en los prolegómenos y marcha de cualquier estudio sistemático y, más aún, como factor en el proceso formativo de la cultura (2).

Son, desde luego, nociones muy difundidas que no pretendo descubrir aquí, pero sólo por vía de comentario, precisamente porque creo que todos estamos de acuerdo sobre lo fundamental, me place insistir en ese influjo benéfico que la labor bibliográfica ejerce superándose a sí misma.

Auxiliar precioso hallará en ella el propósito superior de dotar a los jóvenes universitarios de un método, de una eficaz organización del trabajo intelectual, tantas veces dolorosamente frustrado por falta de rigor y orden en la documentación.

La bibliografía es también un gran freno del apresuramiento de los arrivistas que inflan volúmenes como globos, ocultando la procedencia del material que los dilata.

Ella es el mejor espejo de la honestidad intelectual y ofrece la grata oportunidad de rendir homenaje y tributar justicia a quienes han antecedido en el camino o han aportado fecundas sugerencias para la propia construcción.

---

(2) COETZAR, AUGUSTO RAÚL. *La técnica bibliográfica en nuestros estudios folklóricos*. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1942. (Especialmente: *La bibliografía y su fundamento cultural*, págs. 14-18).

[Tirada aparte de la *Introducción y Apéndice* de su *Guía bibliográfica del folklore argentino*. Buenos Aires, Instituto de literatura argentina de la Facultad de filosofía y letras, 1942].

En otros planos más modestos, no son desechables las enseñanzas que en una mente en formación deja la experiencia de las fichas bibliográficas y las anotaciones de las citas. Cuando menos, se aprende a no despreciar ningún detalle, a no leer precipitadamente y con descuido, a destacar lo fundamental en cada anotación (3).

¡Cuántas revisiones se evitan! ¡Cuántas horas muertas tras el dato omitido reviven para el trabajo provechoso! Desde el olimpismo presuntuoso de los que creen haber llegado a la cumbre, se mira con desdén compasivo la menuda tarea de redactar papeletas; pero por desgracia no siempre se exhiben las condiciones espirituales que ese prosaico laborar contribuye a fortalecer.

Sería pues, desideratum, que el investigador, máxime si dirige un instituto universitario, tuviera, no sólo conocimiento de la función propedéutica de la bibliografía, sino también práctica y experiencia en ella; no como remoto recuerdo de juventud, sino como actividad habitual, desde luego no exclusiva, pero nunca totalmente descuidada.

Para eso, cualquiera sea la materia que cultive, se presupone una mínima información técnica (4). Sin perjuicio de adaptaciones explicables o convenientes en cada caso, no se puede caer en la ingenuidad de inventar las normas, ignorando lo que la mente aguda y la experiencia consolidada de muchos, a través de siglos, van estableciendo para bien de todos. (5).

Estos mismos principios deben ser inculcados a los alum-

---

(3) BUONOCORE, DOMINGO. *Las citas bibliográficas*. (En su *Elementos de bibliotecología*. Santa Fe, 1942, págs. 11-120).

—BINAYÁN, NARCISO. *Las citas bibliográficas; nota acerca de la forma de hacerlas*. Buenos Aires, J. Méndez, 1923, 16 p.

(4) Un texto clásico, poco accesible en su original alemán, pero muy divulgado en su edición inglesa, es:

—SCHNEIDER, GEORG. *Theory and history of bibliography*, translated by Ralph Robert Shaw. New York, Columbia university press, 1934. xiv, 306 p. (Studies in library service, n° 1).

(5) FONCK, LEOPOLD. *Le travail scientifique; école, pratique*, adapté de l'allemand par J. Bourg et A. Decisier. Paris, Beauchesne, 1911. vi, 243 p.

nos que no los conozcan o practiquen, pues si la actividad bibliográfica ha de tener como principales protagonistas a los estudiantes que se forman en los institutos, es indispensable contar con su capacidad, rigor y disciplina intelectual.

La base implícita sobre la que se apoya cualquier tentativa bibliográfica de cierto alcance es la biblioteca (6).

En caso alguno es más evidente el influjo que su correcta organización ejercerá sobre las investigaciones que se realicen en ella o con su esencial cooperación. Es obvio que catálogos completos y bien organizados en los que se reflejen técnicas rigurosas y universales, personal experto y culto, rapidez en los servicios, riqueza del caudal, secciones de orientación y referencia, comodidad para las consultas, etc., son otras tantas ayudas que reducen al mínimo las fatigas y azares de la búsqueda bibliográfica.

Además de éstos y otros problemas vinculados que todos conocen y que escapan al limitado alcance de esta charla, uno hay que se impone por la gravedad del mal que implica y las dificultades de su remedio. Me refiero a la correlación entre la biblioteca central y las departamentales de muchas de nuestras Facultades e institutos.

Como ha ocurrido en países de Europa y América hasta hace muy poco, y acaso siga manteniéndose hasta hoy, vivimos todavía en lo que llamaría "feudalismo bibliotecario". Las tentativas de ingerencia y predominio de los directores de las bibliotecas centrales se han conjugado con el mal opuesto: el hermetismo personalista y exagerado de los directores de centros científicos para llevarnos a la absurda situación actual de dispersión de esfuerzos y de fondos, por parte de las instituciones, y al suplicio del investigador que debe peregrinar por todas las bibliotecas departamentales o condenarse a care-

---

(6) PENNA, CARLOS VÍCTOR; JOSEFA EMILIA SABOR. *La biblioteca de la universidad*. (En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, a. II, n° 2 : 270-279, 3ª época, abr.-jun. 1944).

cer de un libro, sin saber que duerme en el anaquel del recinto contiguo (7).

Una más comprensiva y dinámica visión de la realidad; el destierro de toda suspicacia personal; los recursos de la técnica biblioteconómica; la presión imponderable de quienes cada día con más urgencia requieren material de estudio; la sincera buena voluntad puesta al servicio de los ideales que todas nuestras bibliotecas comparten, van ya superando los obstáculos y anunciando el advenimiento de una época más cooperativista, más empeñosa, más fecunda.

Contemplada desde la grata realidad de esta misma reunión, la perspectiva no puede ser más promisoría. El autor de la iniciativa y las autoridades universitarias que han sabido comprenderlo y apoyarlo recibirán, no sólo la gratitud de quienes nos vemos honrados con la invitación, sino la de todos aquéllos que, andando el tiempo, mitiguen su sed en los sazonados frutos que hoy sólo vemos en agraz.

Pero para nosotros, actores del proceso en una época histórica tan ávida, inquieta y progresista, frente a generaciones cada día más necesitadas y exigentes, no es buena solución esperar la madurez del fruto.

Es imperiosa consigna buscar nuevas respuestas para aquellas apremiantes demandas (8).

Si carecemos de las grandes bibliotecas de consulta; si los procesos técnicos uniformes no son patrimonio común; si las clasificaciones adoptadas no son universales, sino de índole personal y circunstanciada; si las bibliotecas departamentales no armonizan sus rodajes con el mecanismo total; en fin, si

---

(7) MUNTHE, WILHELM. *American librarianship, from a european angle; an attempt at an evaluation of policies and activities*. Chicago, American Library association, 1939. xiii, 191 p.

(8) Las perspectivas, a veces desconcertantes que acaso nos depara el futuro, pueden vislumbrarse a través de la visión de cada uno de los autores que tratan variados aspectos de la actividad biblioteológica en la obra siguiente:

—DANTON MILLER, ed. *The library of tomorrow; a symposium*. Chicago, American library association, 1939. ix, 191 p.

las condiciones no son plenamente favorables, ¿hemos de renunciar a la investigación?

Veo en el estímulo de la labor bibliográfica especializada, un recurso que no sólo subsana muchos de aquellos males, sino que tiene trascendente valor espiritual. Esta tesis es el modesto y nada original aporte que traigo a esta reunión. Como muy poco hay realizado en los sectores particulares de las ciencias, la filosofía, las artes, la historia, es a los especialistas a quienes corresponde cumplir este magno compromiso de nuestro tiempo. En muchas disciplinas, hemos encontrado al llegar el campo yermo; carecíamos de instrumentos, de sembradores, de semillas. Debemos imponernos la obligación y la responsabilidad de que los nuevos no repitan la desconsoladora experiencia. A nosotros nos toca realizar la siembra, pues no sólo cosechar es digno; cada promoción humana se hace merecedora de gratitud si sabe cumplir con su destino, aunque en su momento le parezca segundón y desvaído.

No quiero decir que cada investigador deba llevar a cabo individualmente la tarea de recopilar la bibliografía de su especialidad. Entiendo que, por el contrario, las necesarias condiciones de continuidad, amplitud y cooperación sólo pueden ser llenadas por los institutos, departamentos, centros o cátedras que tengan claro sentido de su misión.

La bibliografía especializada, contrae por su misma naturaleza más compromisos que la general. Por de pronto, no puede desentenderse de los artículos de revistas y publicaciones periódicas, lo que representa una labor centuplicada.

Luego, los asientos bibliográficos no deben ser absolutamente escuetos, del tipo común de una biblioteca pública; es menester enriquecerlos con anotaciones guadoras y a veces hasta con apreciaciones críticas objetivas. La bibliografía, sistemáticamente clasificada, se torna así en estructura tan sólida que no dista mucho de ser un verdadero manual o tratado de la materia.

La recopilación bibliográfica bien organizada supera las limitaciones materiales y los defectos de organización de las

instituciones; proporciona, si no el libro mismo, la información fundamental de que existe; los datos biblio-tipográficos corrientes; resúmenes de su contenido y cualquier otra nota orientadora; pero además, indica dónde ha de hallarse un ejemplar de ese libro.

Admitidas las molestias y dificultades materiales de traslados y de horarios, tal bibliografía pone al alcance del investigador una monumental biblioteca, cuyos depósitos se hallan diseminados en diversas instituciones. Y es a cuanto podemos aspirar en esta hora, erizada de dificultades pero grávida de esperanzas (9).

¿Es esta posibilidad sólo esperanza? Reduciéndome a lo que me es más familiar y próximo; circunscribiendo mi exposición a los institutos universitarios en cuyos directores y ambientes he hallado el apoyo, la comprensión y la confianza imprescindibles para realizar la obra, creo que puedo hablar de realidades.

Si se repitiera aquí la situación de la escena 2ª del segundo acto de *Hamlet*, y alguien me preguntara, como Polonio al príncipe: —“What do you read, my lord?”, no contestaría con la escéptica y desconsoladora respuesta de Hamlet: —“Words, words, words”. A Dios gracias, hay en esta historia algo más que palabras y proyectos.

El plan trazado hace seis años se va cumpliendo punto por punto y es hoy realidad visible y tangible. En parte, gracias a la aparición de la *Guía bibliográfica del folklore argentino* publicada por el Instituto de literatura argentina (10). En sus casi 300 páginas presenta un conjunto clasificado de mil obras de carácter o interés folklórico.

---

(9) Véase la interesante tentativa francesa de centralizar cuanto concierne a documentación, abarcando el país entero:

—Union française des organismes de documentation. Paris. *La documentation en France; répertoire des centres de documentation existant en France...* Paris, 1935. 2 h. p., 146 p.

(10) CORTAZAR, AUGUSTO RAÚL. *Guía bibliográfica del folklore argentino*; primera contribución. Buenos Aires, Instituto de literatura argentina de la Facultad de filosofía y letras, 1942. 291 p. (Sección de bibliografía, t. I, n° 1).

En parte también, mediante los ficheros o catálogos que esperan publicación en cuanto el señor Director del Instituto lo decida y los fondos permitan.

Uno de estos ficheros cumple la segunda gran etapa prevista: la catalogación de los artículos de publicaciones periódicas; un centenar de colecciones completas de revistas ha sido revisado y 1.500 fichas aproximadamente son el resultado de la cosecha. Se trata de una bibliografía anotada, pues en la gran mayoría de los casos, figura una breve indicación del contenido o conclusiones del artículo.

Cumplidas estas etapas con propósito extensivo, la tercera marcha en sentido de profundidad: aspira a ser una especie de índice de los temas de interés folklórico que figuren en los libros y artículos catalogados.

Es éste el aspecto que ha ofrecido más dificultades desde el punto de vista de las normas conceptuales que he debido elaborar para que lo rijan.

Aprovechando el texto impreso de la *Guía*, he ordenado otros varios ficheros, que constituyen en conjunto para la materia a que se refieren, un importante arsenal bibliográfico que diariamente satisface hoy diversas consultas y que ahorrará, según lo espero, muchas dificultades y rodeos a los investigadores de mañana.

¿Qué problemas concretos de información puede solucionar esta compleja bibliografía con sus secciones actuales? Veamos algunos ejemplos:

1. Si se desea saber qué autores, en conjunto, se han ocupado de Folklore, se puede recurrir al catálogo alfabético general.
2. Si sólo las obras y artículos de un determinado autor, al encabezamiento correspondiente del mismo fichero.
3. ¿Qué material de interés folklórico pero de carácter ya literario, ya lingüístico, o histórico, o etnográfico, o artístico, etc. se puede consultar? A esto responden las secciones clasificadas de la *Guía*.
4. Una vez encontrada la información, ¿en qué biblioteca



se puede consultar el libro o artículo elegido? Cada "item" va acompañado de la indicación abreviada, siempre, desde luego, que la pieza haya sido localizada en alguna institución de Buenos Aires.

5. Quien se interese por sólo un aspecto o especie folklórica, acude al catálogo sistemático, clasificado en secciones y subsecciones, hasta el tercer grado decimal.

6. Desde otro punto de vista, ¿cómo se puede distinguir la producción de folkloristas propiamente dichos de las obras ocasionales no especializadas y aún de las seudofolklóricas? El fichero histórico-crítico se ha ordenado teniendo en cuenta esta clasificación valorativa.

7. Si el interés radica en conocer lo publicado sobre una determinada región del país, la tarea está allanada por el fichero que agrupa todas las noticias localizadas según una ordenación geográfica.

8. Si sólo se trata de una cuestión de fecha de publicación, el fichero cronológico la resuelve en el acto.

9. ¿En qué libros, en cuáles revistas, en qué página precisa han sido tratados, descriptos, referidos, documentados, etc. temas, especies, asuntos, objetos de valor folklórico? A satisfacer este interrogante tiende el catálogo de temas que está en formación y que cuenta con 1.200 papeletas aproximadamente.

10. En un plano más amplio y fuera del caso argentino, ¿hay bibliografía de alcance mundial que oriente la búsqueda? En efecto, mi propio fichero general, base de mis cursos, registra una copiosa sección de bibliografías (en lo que funciona como una bibliografía de bibliografías) y reúne hasta el momento más de mil fichas que en lo posible no reproducen las indicaciones ya registradas en aquellas fuentes.

11. Alguien podría objetar, y con razón, que en contra de mi propia doctrina, he dado preponderancia en los estudios folklóricos al aspecto puramente libresco y de gabinete. Felizmente no es así. En este momento, en el seno de una reunión bibliotecológica, he desplegado el asunto con énfasis explica-

ble. Pero no por callado, deja de existir un nutrido fichero que consigna los datos recogidos por mí directamente sobre el terreno de investigación, en la primera tentativa de estudio integralista de una región argentina. Me refiero a los Valles Calchaquíes de nuestro Noroeste.

Cada ficha, vale decir, cada dato, estará respaldado hasta donde sea posible, por la documentación correspondiente, que consta de los siguientes aspectos: bibliografía, cartografía, iconografía, fotografía, diapositivos, film, disco y objeto o pieza auténtica incorporada al Museo.

He aquí los resultados concretos y actuales de una tentativa bibliográfica, aplicada a una ciencia y llevada a cabo en institutos universitarios de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Pero hay sobre la realidad misma, cierta consideración que no puedo callar y que alude al espíritu que hace posible esta empresa en la actividad concreta de todos los días. Por sobre minucias de jurisdicciones, con amplia y generosa comprensión, directores, funcionarios, alumnos, colaboran en mayor o menor medida en esta obra que se hace para los demás, y que aprovecharán, más afortunados que nosotros, los investigadores de la generación que nos suceda.

En el Instituto de Literatura argentina ha nacido y ha visto la luz, con el apoyo y consejo de su director ilustre, D. Ricardo Rojas, con la colaboración de los técnicos y el aporte renovado de reducidos grupos anuales de alumnos.

En el Museo Etnográfico, gracias al inteligente y ágil espíritu, tan generosamente comprensivo de su director, D. Francisco de Aparicio, ha integrado su mecanismo, haciendo posible que los varios ficheros proyectados sean hoy una realidad. Los míos propios han sido incorporados a ese conjunto, como material didáctico para las clases, que dicto en el Museo. En la Biblioteca central de la Facultad de Filosofía y Letras han hallado siempre los estudiantes todas las franquicias y comodidades compatibles con las posibilidades y recursos, y con especial motivo desde que ocupo la dirección.

Coincidiendo con el plan del Museo Etnográfico, la Comisión Nacional de Cultura auspicia los estudios sobre el terreno y hace factible la compilación de ese enorme inventario folklórico del Valle Calchaquí de Salta que estoy llevando a cabo.

En ese mismo Museo de ambiente tan grato, activo y cordial, es norma común y diaria el intercambio de noticias, referencias y datos entre los técnicos de los diversos departamentos de Arqueología, Geografía humana, Antropología, Etnografía y Folklore. Una riquísima biblioteca común facilita las coincidencias e intercomunicaciones frecuentes.

Pero hay más aún. Éste de la bibliografía folklórica es sólo un caso que he referido con cierto detalle por más antiguo y por ser de mí más minuciosamente conocido; pero en estos mismos institutos citados, están en marcha otras empresas semejantes.

Por ejemplo, las bibliografías arqueológica y de etnografía histórica, emprendidas y organizadas de acuerdo con el Profesor D. Francisco de Aparicio. A la primera se puede aplicar la mayoría de los criterios y características que acabo de enunciar. Como en este caso los compiladores son estudiantes que cursan Arqueología americana, ha sido posible perfeccionar un aspecto, haciendo que siempre acompañe al asiento bibliográfico un breve resumen analítico, lo suficientemente amplio como para tener una idea ordenada de los asuntos tratados en cada libro o artículo, así como de las conclusiones y tesis expuestas.

La bibliografía de etnografía histórica consiste en el fichado temático de las crónicas sobre la conquista de América y otros documentos que pueden considerarse como fuentes valiosas (memorias, cartas, probanzas, etc.).

Los alumnos leen el texto asignado y transcriben escrupulosamente los párrafos que aludan a los aborígenes americanos estudiados en el curso.

Cada ficha debe contener un dato autónomo y consta de los siguientes elementos:

- a) Encabezamiento temático, de acuerdo con una amplia

clasificación de los principales aspectos de las culturas aborígenes: caracteres antropológicos (físicos), lingüísticos, sociológicos (vida material y espiritual) con las subdivisiones conocidas.

- b) La fecha (no siempre precisable) del dato transcrito.
- c) Nombre y localización geográfica del grupo aborígen aludido.
- d) Indicación bibliográfica de la fuente: autor, título abreviado, tomo, página, etc.
- e) Apellido del estudiante y fecha.

El aspecto más delicado reside en la elección acertada del párrafo a transcribir, pues cada papeleta debe representar un dato autónomo y sólo uno, a fin de no caer en largas copias que engloben referencias diversas (lo cual dificulta la clasificación posterior), ni tampoco en fragmentos arbitrariamente cortados que no lleguen a dar idea del sentido del trozo.

De este modo, a través de casi medio centenar de crónicas y documentos revisados, el fichero permite en pocos minutos averiguar qué autor y en qué obra dice algo respecto de la religión, el arte, la familia, el vestido, la vivienda, la economía, etc. de los pobladores de nuestra América en el momento de la conquista.

En el Departamento de Geografía humana del Museo Etnográfico, cuyo Jefe es el Profesor D. Romualdo Ardissonne, se trabaja en la compilación de interesantísimos catálogos que ocasionalmente pueden constituir bibliografías.

Iniciados con la colaboración de la Sra. Lía Raquel Sanz de Arechaga, los tiene ahora a su cargo la Srta. María Elena Chiozza, ambas jóvenes y brillantes graduadas de la sección Historia de nuestra Facultad.

En el registro toponímico argentino, además de la identificación geográfica completa de los nombres de lugar que se fichan, se remite a la fuente bibliográfica y cartográfica donde se han documentado los datos; a la inversa, en la ficha del libro que ha proporcionado la información, se indican todos los toponimos cuya explicación ha sido registrada.

En el catálogo de nomenclatura geográfica se proporciona la explicación de términos referentes a fenómenos o accidentes geográficos, también mediante la transcripción textual del párrafo atinente e indicación bibliográfica abreviada del libro del que se lo ha copiado.

Con destino a cada uno de los registros, se lleva un doble juego de fichas: uno es alfabético, en tanto que el duplicado, se destina, en el primer caso (toponimia) a la ordenación topográfica y en el segundo (nomenclatura) a la sistemática, de acuerdo con los temas aludidos en las palabras que encabezan las cédulas.

Tanto para contralor del trabajo, como para guía en el caso de consultas o ampliaciones de datos que pudieran presentarse, toda ficha lleva las iniciales de quien la redactó; complementariamente, se van anotando, a medida que se revisan, las obras que cada fichador toma a su cargo.

Referencias y llamadas oportunas salvan los casos de sinonimia y correlacionan los datos con las fuentes.

En otro campo y con diverso propósito, desde la Dirección de la Biblioteca central de la Facultad de Filosofía y Letras, he comenzado a sugerir y proponer a graduados y alumnos de diversos cursos, trabajos bibliográficos que acaso contribuyan a mantener una sección permanente en *Logos*, la revista de la Facultad. Tengo confianza, porque cuento con el apoyo y asesoramiento de un amigo de los quilates espirituales del Profesor Angel J. Battistessa, director de esa publicación.

Entre los temas o asuntos nucleares que he propuesto, figuran los siguientes:

- a) Panoramas bibliográficos de carácter expositivo y crítico, para presentar una guía de los tratados, manuales, fuentes y obras fundamentales de referencia aconsejables a principiantes, aficionados o estudiosos de una materia humanística.
- b) Bibliografías personales de grandes autores, ya por el interés que puedan tener en sí mismas, ya con motivo de

conmemoraciones y homenajes, caso en el cual puede tratarse de una bio-bibliografía.

c) Problemas bibliográficos que entrañan cuestiones trascendentes en la crítica o la historia literaria, filosófica, etc.

d) Bibliografías especiales suscitadas por acontecimientos de índole cultural o conmemoración de fechas, movimientos de trascendencia cultural, etc.

e) Estudios especiales sobre obras raras y ediciones valiosas.

f) Bibliografía cartográfica anotada.

g) Bibliografías de bibliografías, obras de consulta y referencia utilizables en el estudio de las humanidades.

h) Bibliografía de los programas anuales.

i) Bibliografías temáticas diversas.

Queda expresamente dicho, pero no será redundancia insistir en que me he referido exclusivamente a investigaciones bibliográficas llevadas a cabo con la intervención de alumnos de la Facultad de Filosofía, como trabajo colectivo, y entre ellas sólo a las que puedo prestar mi personal dedicación o conozco en su programa, proceso y resultados.

Por lo tanto no corresponde hacer mención de trabajos individuales o técnicos que eruditos y estudiosos de prestigio realizan en bibliotecas e institutos de aquella Casa, algunos de los cuales hasta mantienen secciones bibliográficas en sus revistas y boletines y han publicado más de una obra magistral en este aspecto.

Doy con esto por cumplido el propósito que al comienzo enunciara, de referir simplemente los resultados o el desarrollo de empresas bibliográficas concretas en las que intervengo de manera directa y personal.

Bien se transparenta el propósito. Si oportunidades tan felices como las que estas reuniones brindan, se aprovechan para intercambiar noticias y experiencias respecto de lo que cada uno de nosotros hace, creo que hallaremos en los resultados el mejor justificativo de su realización.

Estas referencias a una labor que por su propia natura-

leza es callada y escondida, pueden quizás insinuar sugerencias aprovechables por otros que atravesen por los mismos trances. Con mucho de egoísmo, espero a mi vez que quienes hayan superado en la teoría o en la práctica las arduas etapas que hoy enfrentamos en nuestra tarea, me favorezcan con indicaciones o críticas solicitadas desde el primer momento y agradecidas siempre.

Durante casi la mitad de mi vida he dedicado mis mejores años y energías al servicio de las bibliotecas y en este último lustro, además, me he consagrado a la labor bibliográfica reseñada. Por paradoja, esta última, llevada adelante a pesar de todos los inconvenientes, sin abandono ni desfallecimiento, es puramente voluntaria y desinteresada en absoluto. Creo que es mucho pedir para quien fuera sólo un “dilettante” y no sintiera, como en mi caso, una arraigada vocación por las disciplinas y la actividad bibliotecológica.

De todo ello surgen algunas reflexiones de índole general, que trascienden de las cuestiones puramente técnicas y a veces menudas, para encarar un problema espiritual que linda con las condiciones psicológicas y éticas y con las proyecciones culturales que la investigación bibliográfica implica.

La bibliografía general representa para el bibliotecólogo puro un fin en sí misma; la bibliografía especializada, en cambio, está casi siempre en manos de investigadores de esas disciplinas a las que la bibliografía se refiere. Presupone, pues, una conjunción de vocaciones y de aptitudes que permitan señorear el campo científico de que se trate y dominar al mismo tiempo la técnica bibliográfica, en este caso con sentido instrumental, metodológico, introductivo.

Cualquiera sea la situación, debe ineludiblemente llenarse un requisito esencial: haber educado y modelado el espíritu a fin de hacerlo apto para la investigación científica.

Es la *cultura* la primera de esas condiciones. Cultura entendida no como suma más o menos amorfa de noticias, informaciones y datos, no como simple acopio de materiales, sino como estructura de vida, como ductilidad, permeabilidad del

espíritu que lo hace sensible a todas las sollicitaciones del mundo, para fundirlas armónicamente en una auténtica y libre unidad interior.

Cultura concebida, no como predominio de una facultad o de un valor con desmedro de los otros, sino como consciente jerarquía de esos valores, integralmente armonizados.

La cultura es algo más complejo y más hondo que lo implicado en las anteriores negaciones. En primer lugar, impide que el individuo se degrade hasta ser un simple rodaje sin autonomía en la gran máquina del mundo; por más modesta que sea su posición social o jerárquica, el hombre debe ser una unidad, un sistema armónico y completo en sí mismo, un "microcosmos" como dice el *Fausto* de Goethe. Recordando a Guyau, pienso que la más digna profesión del hombre es la de hombre.

"Cultura no es «educación para algo», «para» una profesión, una especialidad, un rendimiento de cualquier género; —dice Max Scheler en su enjundioso ensayo— ni se da tampoco la cultura en beneficio de tales adiestramientos, sino que todo adiestramiento «para algo» existe en beneficio de la cultura —que carece de toda «finalidad» externa— en beneficio *del hombre perfecto*" (11).

Es frecuente, además, otra falacia: la de reducir la cultura a lo meramente intelectual. Muy poco se aprecia quien así se mutila. La cultura es unidad integral y armónica. En ella el intelecto es una parte, y en el conjunto tienen pareja prerrogativa todas las facultades del espíritu y los magnos valores que fundamentan nuestra civilización.

Nada más ingenuo que el hombre intelectualizado que desprecia o ignora las manifestaciones de la sensibilidad o del arte, de la imaginación o del amor. No hay que excluir, sino conciliar. Nunca es tan apremiante la faena del labrador que le impida dar al aire su sencilla canción.

---

(11) SCHELER, MAX. *El saber y la cultura*. Madrid, Revista de Occidente, 1926, pág. 46.



Por otra parte, no tiene solidez la sabiduría si no asienta en cimientos de moral, de justicia, de generosidad. La gallarda nave puede contar con amplia arboladura de sapiencia, pero nada vale si lleva por piloto a quien no tenga fuerza de carácter y de voluntad para manejar el gobernalle, siguiendo fielmente el derrotero de límpida conducta.

La condición segunda es haber asimilado hasta plasmarlos como segunda naturaleza, *el método, el orden, la recia disciplina intelectual* aplicados al trabajo de todos los días, a la minucia de todos los aspectos de la tarea, pues no hay que concebir la ilusión que ésta será equilibrada y armónica si es resultado de etapas desmañadas y torpes.

Esto a su vez implica *laboriosidad*, como condición permanente del carácter y no como torbellino agitado y pasajero. En este tipo de trabajo, por especial motivo, es digno una vez más de recuerdo el aforismo de Goethe: “avanzar sin prisa, pero sin pausa, como la estrella”.

Puesto que la bibliografía es el registro sistemático de la producción ajena, no se concibe sin una inquebrantable *honestidad intelectual* que no admite claudicaciones ni falseamientos.

Por el contrario, quien cultiva la bibliografía debe hacer de la *generosidad* un culto, desde que no aprovecha furtiva y egoístamente los datos recogidos con esfuerzo, sino que los ofrece para la libre utilización de todos.

El bibliógrafo, como el explorador, se aventura y rastrea en ámbitos desconocidos; da con esto una prueba de *humildad*, pues está confesando que no se cree omnisciente quien busca conocer lo ajeno, actitud ésta recomendable por cierto en toda investigación científica, aunque no cuente, desde luego, para los creadores de obras intuitivas y de imaginación.

Se debe también ser humilde en el sentido de no desdeñar los modestos menesteres “fichológicos”; sin los sucios materiales el arquitecto no edificaría el palacio. Hay que resignar-

se a esa tarea prosaica, y más aun, hay que dignificarla cumpliéndola con ánimo paciente. Los improvisados y arrivistas no entrarán en el reino de la ciencia (12).

En fin, para que estas sencillas reflexiones no se conviertan en decálogo, sólo añadiré a la lista una condición que la marcha del tiempo va destacando cada día como más esencial: *el espíritu de cooperación*.

Colaboración sucesiva, a través de los tiempos, para hacer hoy lo que no pudieron hacer nuestros dignos predecesores; y trabazón contemporánea, para que todo trabajo bibliográfico sea realizado "en equipo", con un solo timón y muchos remos. Así se podrá navegar grata, alegremente, cara al sol, sin ocultaciones de nombres ni piraterías de esfuerzo ajeno.

Y así, señoras y señores, con esperanza y con fe, vamos por el "undoso ponto bajo el ancho cielo", como Homero decía, consolidando la ruta hacia playas quizá no remotas, donde una digna y auténtica cultura argentina "aparecerá en toda su grandeza", según dicen los proféticos versos de Séneca que anuncian nuestra América:

Venient annis saecula seris  
Quibus oceanus vincula rerum

---

(12) Observaciones, experiencias y consejos diversos, resultantes de la modalidad personal de los autores así como del objetivo y alcance de sus respectivas obras, se recogen en los prólogos de bibliografías de variado tipo, como las siguientes, mencionadas a título de ejemplo:

—LANSON, GUSTAVE. *Manuel bibliographique de la littérature française moderne; XVI, XVII, XVIII et XIX siècles*. Nouvelle éd.,... Paris, Hachette, 1931. xxxii, 1820 p.

—LECLERC, CH. *Bibliotheca americana: histoire, géographie, voyages, archéologie et linguistique des deux Amériques et des Iles Philippines*. Paris, E. Guilmoto, [1878].

—STEIN, HENRI. *Manuel de bibliographie générale*. (*Bibliotheca bibliographica nova*). Paris, Picard et fils, 1897. xx, 895 p. (*Manuels de bibliographie historique*, II).

—CALOT, FRANZ. *Guide pratique de bibliographie, suivi d'un mémento analytique des principales bibliothèques publiques de Paris*, par Franz Calot... et Georges Thomas... Paris, Delagrave, 1936. 320 p.

—MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *Biblioteca hispano-americana (1493-1810)*. Santiago de Chile, impreso en casa del autor, 1898. 7 v.

laxet et ingens pateat tellus;  
Tethisque novos detegat orbes  
nec sit terris ultima Thule. (13)

También para nosotros “se desatará el cerco” y “se hará patente la tierra maravillosa”: tras la “última Thule” contemplarán los que nos sigan, despejados horizontes “bajo el ancho cielo”.

AUGUSTO RAUL CORTAZAR

---

---

(13) SENECA, LUCIUS ANNAEUS. *Medea*, acto II, versos 375-379. (En *Théâtre complet des latins...* publié sous la direction de M. Nisard. Paris, Firmin-Didot, 1879, pág. 122.

